



INSERTOS PARA BOLETINES

5 de septiembre de 2021 - Pentecostés 15 (B)

La fiesta de Constanza y sus compañeras:

Las Mártires de Memphis

El 9 de septiembre, la Iglesia Episcopal celebra el testimonio de Constanza y sus compañeras, recordadas junto con otros cristianos fieles como las Mártires de Memphis.

La fiebre amarilla, una enfermedad transmitida por mosquitos que afectó con frecuencia al sur de Estados Unidos a fines del siglo XIX, había alcanzado un estado epidémico en agosto de 1878. Memphis, Tennessee, a orillas del río Mississippi, había padecido la enfermedad varias veces antes, lo que condujo a los ciudadanos a huir de la ciudad en masa ante las primeras señales de un brote. Más de la mitad de la población de la ciudad se marchó, dejando atrás más de 20.000 personas. Según *Una Gran Nube de Testigos*, “A medida que los casos se multiplicaban, el saldo de víctimas alcanzó un promedio de 200 por día. Cuando lo peor había pasado, el noventa por ciento de las personas que se quedaron había contraído la fiebre, y más de 5.000 personas habían muerto”.

Los fieles episcopales y otros cristianos permanecieron en el lugar en medio del sofocante calor para servir a la ciudad en crisis. Se destaca entre estos santos a Constanza, la Superiora de las Hermanas de Santa María y varias otras hermanas de la orden, que habían venido a Memphis algunos años antes para fundar una escuela para niñas, adyacente a la catedral episcopal de Santa María. La catedral estaba ubicada en el epicentro de la epidemia de fiebre amarilla, lo cual brindaba amplias oportunidades de atender las necesidades de los afligidos. Las hermanas cuidaban a los enfermos, daban descanso a los



INSERTOS PARA BOLETINES

5 de septiembre de 2021 - Pentecostés 15 (B)

La fiesta de Constanza y sus compañeras:

Las Mártires de Memphis

El 9 de septiembre, la Iglesia Episcopal celebra el testimonio de Constanza y sus compañeras, recordadas junto con otros cristianos fieles como las Mártires de Memphis.

La fiebre amarilla, una enfermedad transmitida por mosquitos que afectó con frecuencia al sur de Estados Unidos a fines del siglo XIX, había alcanzado un estado epidémico en agosto de 1878. Memphis, Tennessee, a orillas del río Mississippi, había padecido la enfermedad varias veces antes, lo que condujo a los ciudadanos a huir de la ciudad en masa ante las primeras señales de un brote. Más de la mitad de la población de la ciudad se marchó, dejando atrás más de 20.000 personas. Según *Una Gran Nube de Testigos*, “A medida que los casos se multiplicaban, el saldo de víctimas alcanzó un promedio de 200 por día. Cuando lo peor había pasado, el noventa por ciento de las personas que se quedaron había contraído la fiebre, y más de 5.000 personas habían muerto”.

Los fieles episcopales y otros cristianos permanecieron en el lugar en medio del sofocante calor para servir a la ciudad en crisis. Se destaca entre estos santos a Constanza, la Superiora de las Hermanas de Santa María y varias otras hermanas de la orden, que habían venido a Memphis algunos años antes para fundar una escuela para niñas, adyacente a la catedral episcopal de Santa María. La catedral estaba ubicada en el epicentro de la epidemia de fiebre amarilla, lo cual brindaba amplias oportunidades de atender las necesidades de los afligidos. Las hermanas cuidaban a los enfermos, daban descanso a los

cansados, calmaban el sufrimiento y bendecían a los moribundos, haciendo un esfuerzo especial para encontrar y cuidar de los numerosos huérfanos de Memphis.

Constanza y sus compañeras conocían bien el peligro y la destrucción que representaba la fiebre, pero nada las detendría para servir a Dios y al prójimo en ese lugar. A fines de septiembre, cuatro de las hermanas, junto con dos sacerdotes episcopales y muchos voluntarios no identificados, habían sucumbido a la fiebre: las hermanas Constanza, Tecla, Ruth, y Frances, y los reverendos Louis Schuyler y Charles Parsons. Las últimas palabras de la hermana

Constanza, pronunciadas cuando ya no podía físicamente servir, se conservan en el altar de la catedral de Santa María: “¡Aleluya! ¡Hosanna!”

Colecta para Constanza y sus Compañeras

Te damos gracias y alabanzas, oh Dios compasivo, por el testimonio heroico de Constanza y sus compañeras, quienes, en tiempo de la plaga y de la peste, se mantuvieron firmes en el cuidado de los enfermos y moribundos, no amando sus propias vidas, incluso hasta la muerte. Inspira en nosotros un amor y un compromiso similares hacia los necesitados, siguiendo el ejemplo de nuestro Salvador Jesucristo; quien contigo y el Espíritu Santo vive y reina, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén.

Este encarte de boletín fue adaptado de Una gran nube de testigos, la narración de Constanza y sus Compañeras.



Icono de Constanza y sus Compañeras de la Catedral Episcopal de Santa María en Memphis, Diócesis de West Tennessee.

cansados, calmaban el sufrimiento y bendecían a los moribundos, haciendo un esfuerzo especial para encontrar y cuidar de los numerosos huérfanos de Memphis.

Constanza y sus compañeras conocían bien el peligro y la destrucción que representaba la fiebre, pero nada las detendría para servir a Dios y al prójimo en ese lugar. A fines de septiembre, cuatro de las hermanas, junto con dos sacerdotes episcopales y muchos voluntarios no identificados, habían sucumbido a la fiebre: las hermanas Constanza, Tecla, Ruth, y Frances, y los reverendos Louis Schuyler y Charles Parsons. Las últimas palabras de la hermana

Constanza, pronunciadas cuando ya no podía físicamente servir, se conservan en el altar de la catedral de Santa María: “¡Aleluya! ¡Hosanna!”

Colecta para Constanza y sus Compañeras

Te damos gracias y alabanzas, oh Dios compasivo, por el testimonio heroico de Constanza y sus compañeras, quienes, en tiempo de la plaga y de la peste, se mantuvieron firmes en el cuidado de los enfermos y moribundos, no amando sus propias vidas, incluso hasta la muerte. Inspira en nosotros un amor y un compromiso similares hacia los necesitados, siguiendo el ejemplo de nuestro Salvador Jesucristo; quien contigo y el Espíritu Santo vive y reina, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén.

Este encarte de boletín fue adaptado de Una gran nube de testigos, la narración de Constanza y sus Compañeras.



Icono de Constanza y sus Compañeras de la Catedral Episcopal de Santa María en Memphis, Diócesis de West Tennessee.